

Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos.

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Número 3, Diciembre 1994

Algo más sobre literatura y crítica

Mario Goloboff

pp. 24-25

Algo más sobre literatura y crítica*

Mario Goloboff

ENTRE los dudosos descubrimientos teóricos de este siglo literario (descubrimientos o invenciones que, además, poco a poco se han ido transformando en trivialidades) se hallan los de afirmar que todo escritor es ya un crítico, o que todo escritor es el primer lector y, por ende, juez de su obra, o que en la plasmación de la propia obra entran obligatoriamente consideraciones críticas que el autor se ha formulado sobre la obra de los otros.

No sé de dónde exactamente proceden estas leyendas, tan fascinantes como inciertas. Quizás, para ser tales, de algunos dichos de aedas sobre sus contemporáneos y competidores, de más de un sobreentendido rabeliano, de la implacable quema que efectúan el barbero y el cura en *El Quijote* o, más cerca de nuestro espacio, de las disputas sobre Descubrimiento y Conquista entre cronistas (que jamás dejan de ser narradores... y rivales). O tal vez, más cerca todavía en el espacio, el tiempo y la veneración folklórica, de aquel que "ha visto muchos cantores" que "se cansaron en partidas" aún antes de largar.

Conferir a esos arreglos de cuentas entre colegas (algunas veces, justos; siempre subjetivos e inestables) categoría crítica, parece un exceso y una desviación del lenguaje, y tiene menos que ver con una tarea intelectual, reflexiva, reposada y ecuá-

me, que con amistades y enemistades cuyos motivos generalmente desconocemos los de fuera.

En todo caso, si esta práctica roza lo que llamamos "crítica", se vincularía más bien con la vilipendiada crítica del gusto, y con aquella otra rama de la psicología fantástica que alimenta cursos de liceos y universidades, y hasta columnas de diarios y revistas especializados, en los que profesores, alumnos e investigadores siguen empeñándose en revelar qué habrá querido decir el autor. (Rama de la psicología fantástica o de la cabalística, ciencia que, como se sabe, dedica sus tortuosas operaciones a desentrañar también qué habrá querido decir un autor; en la circunstancia, el del modesto universo.)

A pesar de todo ello, es cierto que algunas afirmaciones de aquel calibre no dejan de constituir un buen terreno para detectar la concepción que un escritor tiene o puede llegar a tener sobre la literatura. Pero, si aplicáramos a esas declaraciones el mismo criterio que a las significaciones de un texto (ese laboratorio, esa máquina del inconsciente, en los que tantas veces se escribe más y otra cosa que lo que se dice y, aun, que lo que se quiere decir), habría que preguntarse dónde puede verse, dónde puede registrarse, reconocerse, una auténtica actividad crítica, radical, profunda, no siempre programática pero tampoco del todo espontánea. Una

Argentino. Enseña literatura hispanoamericana en la Universidad de París X. Ha publicado *Entre la diáspora y octubre* (poesía, 1966); las novelas *Caballos por el fondo de los ojos* (1976), *Criador de palomas* (1984), *La luna que cae* (1989) y *El soñador de Smith* (1990) y el volumen crítico *Leer Borges* (1978).

actividad crítica que acompañe (quizás como en cualquier otra humana) a la actividad creativa.

Es cierto que hay autores con alta conciencia y alto ejercicio de ambas prácticas, pero es también verdad que casos como el de un Henry James, un Ezra Pound, un Paul Valéry o un Jorge Luis Borges no son tan comunes, y aun en estos excepcionales ejemplos habría que determinar en qué medida se cubre, se edulcora, se transforma, se traiciona (hasta sin desearlo), se falsea, en fin, el relato de los antecedentes, los motivos, las intenciones, los procesos que llevaron a la constitución de un texto.

Por eso, me parece que, del mismo modo que tratamos de leer las significaciones de un relato o de un poema, más allá de lo dicho y de las referencias, en los elementos y en los procesos que los constituyen, podríamos buscar en esos mismos trazos las huellas de una actividad crítica.

Pienso que la primera, la más material de todas, las que además se asienta no en vagas ideas

u opiniones sino en el elemento material de la lengua y, por otra parte, la que más profundamente tiene que ver con la crítica literaria porque comienza con el texto propio (con el propio yo, diría Yeats: "corrijo, tacho, borro... ¿a quién corrijo sino a mí mismo?") es el trabajo de los borradores, la corrección que hacemos de nuestras primeras versiones, la tachadura, el borrón, la depuración, el pulido del original.

Y que probablemente en esas marcas y en los signos de esas operaciones puedan verse, antes o después, los núcleos ideológicos de una auténtica actividad crítica. No seguramente del mismo nivel, ni con las mismas apoyaturas teóricas que sustentan la crítica, el trabajo crítico, pero sí quizás como una tarea coadyuvante y, en todo caso, útil de dilucidar para saber lo que un escritor ha considerado desechable o salvable, qué ha querido inscribir definitivamente y que, criticándolo, ha decidido suprimir como si se tratara de las huellas de la imperfección.

